
Combate Nocturno

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7925

Título: Combate Nocturno

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de enero de 2023

Fecha de modificación: 8 de enero de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Combate Nocturno

Encendida como rostro abofeteado, conservóse la atmósfera durante aquella tarde. Sobre el suelo abierto en grietas, las amarillas hojas yacentes, convertíanse en polvo bajo la débil presión de pies de escarabajos. En toda la pradera no había quedado un tallo erguido; sofocados, los macachines, las márcelas y las verbenas, hubieron de rendir las frentes sobre la cálida alfombra de grama. Los caballos y las vacas bostezaban desgastados al beber el agua tibia y turbia del arroyo. Las tarariras desfallecían flotado sobre el plomo derretido de las misérrimas canalizas. En los collados, hipaban las ovejas sin vellón, hinchados los flancos como globos; en el llano huían los ofidios de las cuevas incendiadas, languidecían las iguanas escamosas, trotaban los unicornios, inmovilizábanse los zorrinos, zumbaban las avispas y esponjaban las plumas las cachilas. El sol, sin lástimas, castigaba; castigaba a todos los seres de la creación, desde la hierba hasta el árbol, desde el insecto hasta el hombre, para probar resistencias sin duda. En la selva, la brisa bochornosa había humillado todas las imperiales vestimentas de estío. Los árboles en flor sudaban sus perfumes, acres a fuer de violentos, hediondos como vaho de piel de lujuria. Estremecíanse los ceibos bajo las ascuas de sus corolas purpúreas; los blancos racimos femeninos de los sarandíes, repugnaban en el medroso abandono que los exponía desnudados, expandiendo aromas ultra capitosos, repulsivos en su intensidad vulgar. Los viejos de la selva presentían borrascas y adustos, sin fanfarronadas y sin miedo, afirmaban las raíces, en tanto los sauces pusilánimes; vencidos por la canícula, doblegaban las cabezas de cabellera lacia y mustia, como doncel rendido en la ebriedad de una noche amorosa, y en tanto las temblorosas enredaderas sollozaban avergonzadas del repentino envejecimiento de sus flores, ajadas por el bochorno.

Los coronillas, los talas, los guayabos, los vivarós y los yathays, esperaban la batalla. Ellos eran guerreros a quienes una maldición divina amarró a la tierra, condenándoles a resistencia pasiva contra los guerreros sueltos y feroces, sus enemigos declarados, los vientos. Los vientos,

escupiendo saña combativa, anunciaban su embestida. Los veteranos del bosque, esperaban, firmes, serenos, silenciosos, sin orgullos ni desfallecimientos.

* * *

Se echó la sombra sobre el campo y hubo un gran silencio formado con miedos, contentos y esperanzas. Una brisa fresca pasó sobre las campañas abrasadas. La chusma vegetal respiró a gusto. Los macachines, las verbenas y las marcelas —¡mujeres!— irguieron los tallos y tendieron las corolas buscando la luz de luna que prestase irisaciones a sus policromadas pedrerías. Imprevisoras, como mujeres, las hierbas gozaron del repentino fresco. Pero los fuertes de la selva, los aguerridos luchadores, temblaron cual tiembla un hombre ante un peligro que no ha de cuerpear.

Se ensombreció el cielo y algunas rachas, veloces y agudas, —partidas exploradoras de la borrasca,— fueron a embestir, a estrellarse y a morir sobre las duras ramazones. A lo lejos oíase como el redoble de múltiples tambores batiendo carga. Y las enredaderas, temblorosas, muertas de susto, abrazaban suspirando los nudosos y gruesos tallos de los árboles protectores, y las innumerables plantas epífitas, contraían sus radículas oprimiendo los lomos del macho.

Ya era todo obscuro, con una de esas obscuridades infinitas que envuelven el crimen y el placer máximo, lo que no deben ver ojos mortales y delatores.

Lejanas, vibraron las trompas sonando halalí, retumbaron las cumbres al rodar sobre las lomas una carga frenética; sonaron los aires cual un millón de cristales rotos; gimieron, en hondo gemido, las florecitas arrancadas brutalmente de sus tallos; lanzaron una interjección las pajas aplastadas contra la ciénaga; se lamentaron los sarandíes despojados de sus esposas, los racimos amorosos; y penetraron los cosacos en lo hondo de la selva, sacudiendo las crines y vomitando alaridos. Las avanzadas selváticas se defienden con honor. Una racha furiosa coge un tala por la melena, le sacude; se pincha; suelta; le vuelve a coger; forcejea; ella se enfurece, él resiste, silba la una, gruñe el otro, el otro que lanza un soberbio apóstrofe al ser vencido, al ser arrancado de la tierra y tirado muerto sobre la tierra. Pero más allá la contienda prosigue. Hay muchos árboles bravos que no quieren doblarse, que resisten al huracán. Ruge el viento, tiemblan las ramas, vuelan las hojas. El trueno retumba en la

inmensidad del campo; la lluvia cachetea a los árboles; el rayo, aliado de los vientos, cae en lanzas de fuego amputando brazos de combatientes. Las soberbias copas se doblegan hasta tocar el suelo y desde allí vuelven a levantarse combativas. Un relámpago ilumina la escena dejando ver un coloso sangrando, y los vientos arremeten con más furia. Tiemblan las ramas, vuelan las hojas, aquí cruje un ramo, allí se desploma un árbol, agotadas las fuerzas. Unidades que caen: el grueso brega, se sostiene, espera. Abajo, las hojas muertas remolinean, se chocan, suben, bajan, giran en danzas macabras; arriba, las ramas se estremecen, en tanto tiemblan los pájaros encerrados en el nido, abiertas las alas en protección de la prole. Y muy abajo, bajo la tierra, las raíces forcejean, se endurecen como músculos de luchador, adquieren la fuerza máxima de los sacrificios estériles, hunden las uñas en la tierra!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.